



MIGUEL FANCHOVICH

FAREROS

FAREROS

Miguel Fanchovich

A Manuel Díaz y Fidel Montenegro, fareros.

Que no se vuelva silencio su historia.

“Sí. Es un tiempo distinto y una medida distinta.
Las distancias se dilatan y la meta se aleja con uno.
En mitad del camino todo es remoto. El punto de
partida, el punto de arribada.”

Sudeste, Haroldo Conti

Fanchovich, Carlos Miguel
Fareros / Carlos Miguel Fanchovich. - 1a ed. - Ushuaia : FA Editorial, 2025.
Libro digital, PDF - (Literarias ; 1)
Archivo Digital: descarga
978-631-91361-0-4
1. Literatura Argentina. 2. Historia Regional. I. Título.
CDD A86o

INSTITUTO PROVINCIAL DE ENSEÑANZA SUPERIOR
“Florentino Ameghino”

Rector: Gonzalo Sifuentes

Vicerrectores: Mariana Azcurra y Gustavo Iturriz

Secretario Académico: Jorge Enciso

Departamento de Investigación: Ismael Fico secco

Diseño y maquetación: Leonardo Nausan

Revisión: Emiliano Sánchez Narvarte

Coordinación editorial: Emiliano Sánchez Narvarte

Equipo editorial: Luciana Larrondo, Ismael Fico secco, Julián Ghisio, Leonardo Nausan y Miguel Fanchovich

Primera edición • Agosto 2025

ISBN: 978-631-91361-0-4



Ushuaia, Tierra del Fuego

1.

“Tal vez hoy no venga”, me digo. Lo pienso nomás, no le comento mi impresión a Vázquez, que camina junto a mí, algo distraído, silbando, con la carabina en bandolera. Montenegro ha quedado de guardia en la torre. Todas las semanas hago un recorrido de rutina por esta isla achatada, sin árboles, con turberas, pastos duros y matorrales de mata negra. Vázquez aprovechó para cazar unas nutrias en Punta Pájaro, las carga en un saco.

Oscurece rápido. Extraigo el reloj de bolsillo. Apenas han pasado unos minutos de las cuatro de la tarde. Hacia el sur, Chuanisin es una línea oscura, chata y difusa. Los nubarrones parecen haber absorbido sus picos. Al este, cielo y mar forman una sola masa gris.

—Creo que no va a venir— dice de pronto Vázquez sin mirarme.

No le respondo. Seguimos caminando. Vázquez vuelve a silbar.

Pasamos en silencio junto al observatorio. Parece deshabitado. Ahora que llega el invierno han dejado una guardia mínima de dos operadores. Poco contacto tenemos con ellos. La isla es chica, pero cada uno en sus tareas, que no son pocas.

—Habrá venido mientras estábamos de recorrida— conjetura Vázquez en voz baja.

—Quizás— respondo por decir algo.

Caminamos unos metros más y estamos en el faro.

Vázquez dejó las nutrias colgadas afuera en el cobertizo. Ahora prepara el cocido de la tarde. Montenegro baja de la torre, ha terminado su guardia. Me toca relevarlo, subiré después de la merienda. En silencio arma un cigarro con cierta torpeza, carece del pulso y la paciencia suficiente para obtener un cilindro recto con el papel prensando el tabaco de manera uniforme. Sus cigarros son abombados en el centro y finos en los extremos, con el tabaco suelto. Saca un tizón de la estufa para encenderlo. Le da una pitada profunda. Antes se ha servido un vaso con un destilado turbio que lo espera sobre la mesa.

Las bebidas alcohólicas están prohibidas durante el servicio. Sin embargo, por un acuerdo tácito (más bien debido al “hacer la vista gorda” de los superiores) nos permitimos algún trago siempre y cuando sea, y esto es regla estricta bajo mi supervisión, en el momento del descanso, luego de la guardia, y se beba con cierta moderación.

Mientras espero que el cocido esté listo, anoto las novedades en el libro de guardia.

—¿Alguna novedad, Fidel?— Pregunto.

Extrae un papel del bolsillo superior de su chaqueta y lo mira. El papel tiembla en sus manos inestables.

—Quince horas, treinta minutos. Fragata... francesa... bandera francesa... rumbo noreste— dice y abolla el papel, que deja sobre la mesa. Luego bebe un sorbo del destilado.

—¿Nada más?—

—Nada—

Vázquez apoya la jarra con el cocido y un pan sobre la mesa. Se sienta. Nos servimos. Me encargo de repartir el pan. Merendamos en silencio.

Montenegro le echa el destilado al cocido. En ese líquido ensopa el pan. Cada tanto le da una pitada profunda al charuto.

Vázquez se levanta con el jarro en la mano y camina hacia la ventana.

—Ahí está, por punta Lugo— dice sin darse vuelta. Quiero que me contestes

Me acerco. Efectivamente, ahí está. Apenas si puedo distinguir su silueta en el incipiente crepúsculo.

—Ha venido más tarde hoy— digo.

—Va oscureciendo cada vez más temprano— acota Montenegro desde la mesa.

Vázquez y yo nos quedamos mirándolo hasta que se va. Comienza a neviscar. Volvemos a sentarnos.

Una vez que termino el cocido, apoyo el jarro vacío sobre la mesa.

—Subo — digo y me levanto. Montenegro y Vázquez nada dicen.

Oigo la sucesión de mis pasos resonar primero sobre la madera del piso, luego en los peldaños metálicos dentro del alma hueca de la torre. Afuera retorna el viento.

Desde la cámara de servicio observo por el ojo de buey la luna queriendo asomar por el este entre las hendiduras que deja el manto de nubes. Al ruido monótono y acompañado del mecanismo de relojería de la linterna, se le suma el asibilar del viento, que arrastra los minúsculos copos de la nevisca intermitente en un vuelo casi horizontal. Los haces del faro se pueblan de enloquecidos puntos blancos. La luz, al horadar la noche, revela un abismo. Para mi ánimo de hoy sería mejor apagar la linterna y dejar que la oscuridad se ciña sobre la torre como una masa sólida.

Sin el faro, solo el reflejo de la luna podría advertirles a los navegantes las siluetas rocosas de las islas. Aunque la nubosidad es casi constante en estas latitudes.

Sin la obligación de mantener despierta la linterna durante la noche y de hacer los mantenimientos durante el día, nosotros seríamos nada más que tres prisioneros. En cierta forma, igual lo somos.

Por fortuna es el momento de hacer girar la manivela para volver a subir la pesa, la tarea física me permite alejar los pensamientos que rondan por mi mente sin aportar beneficios. En una guardia tranquila se está demasiado tiempo con uno mismo y cuando se está de servicio en la isla dejar suelto el pensamiento suele resultar peligroso. Los sentimentalismos tampoco resultan buenos consejeros por aquí.

—La cena, Díaz—. La voz de Vázquez se cuela por el cilindro.

Una vez que dejo la pesa arriba para que renueve su descenso maquinal, mis pasos vuelven a resonar en los peldaños. Yo también comienzo a bajar.

Vázquez cocinó guiso de capón. Deposita la olla en el centro de la mesa. Nos servimos directamente de ella.

—¿No queda pan?— pregunto al ver las galletas marineras.

Montenegro menea la cabeza mientras lleva hacia su plato el cucharón lleno.

—Se terminó a la tarde. Mañana preparo— dice Vázquez.

Por un rato ninguno habla. Me concentro en el sabor del guiso espeso y gelatinoso, en el que predomina el gusto intenso de la carne de cordero y el picante. Vázquez es evidentemente el mejor cocinero de los tres. Yo me defiende haciendo sopa o puchero. Montenegro solo sabe asar carne a la estaca, a veces arrebatando algunos churrascos sobre la plancha.

Generalmente bebemos agua en las comidas. Esta vez no me satisface. Voy por un poco de vino. Sirvo una jarra de la damajuana, nos la dejó el capitán del transporte en su última visita. La llevo a la mesa.

—Para el guiso es mejor esto— digo.

Vázquez asiente, completa con vino el vaso de agua. Montenegro come en silencio. Empuja el guiso con un pedazo de galleta.

—¿Se sirve, Fidel?— le pregunto señalando la jarra.

Menea la cabeza antes de responder —Se agradece. Ya tengo el agua bautizada.

Volvemos a comer en silencio. Se oye más fuerte el viento raspando las piedras, los matorrales, las chapas de la casa, la torre y todo aquello que se interponga en su carrera. Se oye también el romper de las olas furiosas contra las restingas.

Termino de cenar. Llevo el plato y el vaso hacia la tina. Montenegro luego lavará los cacharros. Voy por un toscano.

—Mañana habrá que revisar el mercurio— aviso.

Ninguno responde. Siguen en lo suyo. La noticia no es el mejor corolario para la cena. Manipular el mercurio es riesgoso. A nadie le gusta hacerlo, a mí tampoco.

Enciendo el tabaco y vuelvo a subir a la torre.

FAREROS

Completo con aceite el depósito de la lámpara. Mientras lo hago me viene a la mente una cancioncita que solía cantar a mi padre al afeitarse. Es un vals. Lo tarareo por lo bajo, trato de vencer la modorra. La memoria a veces es caprichosa.

Miro hacia afuera, oteo a lo ancho el horizonte. Ya no nevisca, pero la intensidad del viento ha aumentado. Alcanzo a percibir a la distancia la luz de tope de un barco ingresando al Le Maire. Con los binoculares intento distinguirlo. Se me dificulta en medio de la oscuridad y la marejada. De todos modos, lo más probable es que se trate del vapor ARA 1° de Mayo. Navega a toda máquina sorteando el oleaje a los pantocazos. Si el clima no desmejora, mañana recalará en Ushuaia. Sigo su recorrido hasta que desaparece de mi ángulo de visión. Anoto la novedad en el libro. Oigo pasos retumbando en el cilindro. Es Vázquez, viene a relevarme.

2.

Saco seis papas de la bolsa para el puchero de hoy, debo tirar algunas que han comenzado a pudrirse. Pelo las papas y las meto a la olla donde ya están hirviéndose la carne de cordero y los garbanzos. Vázquez afuera despelleja las nutrias que cazó ayer. Montenegro vigila desde la torre.

Vuelvo a la mesa, donde dejé las herramientas y los colmillos de lobo marino con los que hago las boquillas de fumar que después las canjeo por cigarros, en ocasiones por whisky o ron, a los marinos que recalán en la isla. Además este trabajo artesanal me distrae. Son momentos en los que la mente está directamente conectada con las manos, con la herramienta usada y con el marfil. En esos instantes, por fuera de esa comunión no hay nada más. Se desvanecen la isla y el faro, el mar y los barcos, la familia lejos y hasta los rigores del clima.

Temprano, aprovechando el momento de cambio de guardia entre Vázquez y Montenegro para poder trabajar los tres juntos, limpiamos el recipiente del mercurio. Luego Vázquez se fue a descansar y yo, una vez completado el libro con las novedades, comencé a tallar los colmillos.

Entra Vázquez. Tres sanguinolentas nutrias despellejadas cuelgan de sus manos.

—Para la cena— dice y las pone en un balde que lleva a la despensa.

Reconcentrado en mi tarea, tardo en responder:

—Bien—. Al instante le pido— Fíjese, por favor, si ya está el puchero.

Mete una cuchara dentro del caldo, prueba. Retira la olla del fuego.

—Esto ya está.

—Almorcemos entonces— respondo y comienzo a quitar mis cosas de la mesa.

—Fidel, la comida— le escucho gritar a Vázquez que ha salido por el pasillo que comunica la casa con el faro.

Un instante antes de subir a la torre para comenzar mi guardia, se me ocurre asomarme por la ventana. Ahí lo veo, cerca de la costa, del lado de punta Lugo.

—Ahí...— me sale decir.

— ¿Apareció?— averigua Montenegro todavía sentado a la mesa.

Asiento con la cabeza mientras me aparto de la ventana y me encamino hacia la escalera. Vázquez interrumpe el lavado de los utensilios para ir a ver.

El día está soleado, pero frío y ventoso. La fina capa de nieve que cubría la isla por la mañana, va desapareciendo. Hay mar gruesa. Las rachas arrastran las crestas espumosas, ese rocío provoca una especie de bruma sobre el agua.

Ningún barco a la vista. En abril suele disminuir el tráfico marítimo por estos parajes tan a la buena de dios. La temporada antártica ha terminado, se mantiene mayormente el paso de los transportes.

Me entretengo repasando al detalle la lente Fresnel primero, los vidrios después. Si bien el viento se cuela por algunos intersticios, el sol atravesando los vidrios hace que la temperatura aquí arriba sea agradable. Vuelve a mi memoria el vals que solía cantar mi padre, tiene una melodía y una letra bien simples, pero de esas que se quedan grabadas y reaparecen con insistencia, al menos por un tiempo. Tarareo, evito oír mi voz cantando, suena parecida a la de mi padre.

Me interrumpe un ruido abajo. Me parece oír también a Vázquez. Ha debido gritar para que se escuchara en la torre. Bajo a ver.

— ¿Qué pasa, Vázquez?—

—Nada, nada— responde malhumorado mientras levanta una silla caída.

— ¿Y Montenegro?

Me señala la puerta. Se ha sentado a la mesa y tamborilea con los dedos sobre la madera. Las nutrias destazadas sobre la tabla, al costado el cuchillo. Hay olor a pan horneándose en el ambiente.

— ¿A dónde fue?— averiguo más bien por curiosidad.

Hace un gesto. Entiendo que dice “ni idea”.

— ¿Discutieron?

Demora unos segundos en contestar:

—Quédese tranquilo, Díaz. No pasó nada. Está todo bien. En media hora subo a relevarlo.

Retorno a mi puesto en la torre. Por ahora me parece mejor no seguir averiguando. Quedo con la intriga que tendré que develar más temprano que tarde. Son mis subordinados y la convivencia depende de que esté al tanto de sus conductas.

Continúo limpiando los vidrios. Veo cerca de la costa la espalda de Montenegro. Está sentado sobre una piedra con la mirada hacia el mar. Si mi vista no me engaña, está fumando.

Alcanzo también a ver a unos de los operadores del observatorio. Viene hacia la casa. Al rato oigo pasos retumbando por la escalera. Por la puerta trampa se asoma Vázquez.

—Uno del observatorio, necesita Kerosene— dice.

—Está bien, Vázquez. Dele nomás que ya lo anoto— respondo sin dejar de limpiar pasar el trapo por el vidrio.

A los cinco minutos veo al operador regresar con el kerosene. El peso de la lata le dificulta el andar. No ha de estar acostumbrado a llevar cargas.

Montenegro ha desaparecido de mi campo visual.

3.

Libro de guardia

Abril, semana dos.

Día 7, se avista paquebote, aparentemente en demanda de Puerto Cook, se dificulta la observación franca por escasa visibilidad.

Día 8, fragata de bandera francesa, rumbo noreste.

Día 9, se procede a la revisión del nivel de mercurio. Se avista el transporte “1º de mayo”, rumbo norte por Le Maire.

Día 10, se entrega una lata de kerosene al observatorio.

Día 11, sin novedad.

Día 12, proveniente de Chuanisin amarra una ballenera timoneada por Zucarelli, al que la compañía lobera ha dejado al cuidado de los galpones, trae un cordero que el personal carnea. En cortesía, y por alegar el susodicho que es el día de su natalicio se le proporcionan: un saco con yerba y tres litros de kerosene.

Día 13, se rompe un tubo y se procede a su reemplazo.

4.

Termino de recortar la mecha. Dejo la lámpara lista para ser encendida ni bien comienza a oscurecer.

Montenegro y Vázquez se encuentran haciendo mantenimiento en el cobertizo del desembarcadero. Los envié a trabajar juntos para ver si podían resolver sus cosas. El ambiente entre ellos quedó medio tenso después de la discusión de la semana pasada por una tontería más bien doméstica. Vázquez le pidió a su compañero que sacara unos panes del horno, ya que él se encontraba destazando las nutrias. Montenegro en ese momento tallaba a cuchillo un anán yámana en una madera, de las que recolecta por las playas. Le canjea los modelos de canoa que talla por ese destilado turbio que acostumbra beber a uno de los marinos del transporte que nos trae las provisiones. La cuestión fue que Montenegro negó su ayuda aduciendo que él no era la esposa de nadie. Este desplante provocó el enojo de Vázquez. Desde ese día, apenas si han intercambiado palabra.

El trato indolente tampoco varió con la imprevista visita de Zucarelli desde Chuani-sin, que alteró por unas horas la rutina del faro. Montenegro asó el cordero a la estaca, y bebimos un poco de whisky, lo que animó la cosa. El pobre Zucarelli ha quedado casi a la buena de dios, al cuidado de las casas y galpones de la compañía lobera que se marchó de la isla. Por suerte para él dejaron algunas ovejas. De seguro podrá arreglárselas bien, parece ser un hombre acostumbrado a estos rigores, además de habernos demostrado ser un hábil navegante. De todos modos, debimos proporcionarle mercaderías de las que le andaban escaseando.

Observo el mar, recorro con la mirada todo el horizonte abarcable desde la torre. Ninguna nave a la vista. Hacia el sudoeste un manto de nubarrones preanuncia como mínimo un chubasco. También veo a Vázquez y Montenegro, regresan al faro cargando los sacos de lona con las herramientas. Parecen venir distendidos, al menos caminan

uno al lado del otro y no en hilera distanciados. Buena señal. A veces el trabajo en pareja resulta un remedio efectivo contra los malentendidos o resquemores.

Bajo. Voy al retrete a orinar, después reviso el barómetro. La presión atmosférica ha descendido. De seguro habrá tormenta. Justo llega la yunta.

— ¿Pudieron terminar los trabajos?

Montenegro asiente en silencio.

— Poco por hacer. Ajustamos la puerta. Repasamos las chapas del techo y las juntas— dice Vázquez.

— En estos días vamos a tener que mejorar la subida desde la costa— propone Montenegro.

—Si el clima acompaña, lo hacemos en la semana— respondo y, antes de volver a la torre, les aviso—. El barómetro está bajo y ya habrán visto los nubarrones por el sudoeste.

Nada dicen, tampoco es tanta la novedad, en estas latitudes el mal tiempo es moneda corriente. Montenegro se sirve un vaso del destilado turbio. Vázquez hecha más carbón a la estufa y atiza las brasas. Evito dar una indicación, ya saben qué hacer en estos casos.

Ni bien termino la guardia, me echo en la cama a descansar. Apenas si consigo dormir unos pocos minutos, igual me quedo un rato más tendido. Dormir poco es normal. En temporada de servicio, apenas si se duerme cinco o seis horas, un poco más en invierno, pues hay escasas horas de luz solar y se hacen menos trabajos en el exterior.

Pienso en mi esposa y mis hijos allá en Ushuaia. Mercedes ha de estar preparando la cena en estos momentos. Me imagino a Francisco jugando con sus barquitos de madera sobre el piso de la sala. Se me ocurre que bien podría tener un faro improvisado con alguna lata. Manuelita estará junto a la madre, imitándola en la cocina. La he visto hacerlo en ocasiones. De haber nevado, con seguridad han jugado en la nieve con los trineos. En ese caso tal vez la pequeña se haya cansado y se encuentre durmiendo una breve siesta antes de cenar, tal como hice yo.

Decido levantarme. Necesito distraer mi mente con alguna actividad. La nostalgia no es buena consejera en estos parajes. Voy hacia la sala. Montenegro se halla preparando el rancho. Ha cortado unas lonjas de carne que seguramente pondrá a churrascar sobre la estufa, mientras tanto hierve chauchas.

—Vino hace un rato— dice al verme.

—Al parecer se le ha hecho costumbre visitarnos— opino.

Enciendo un toscano, me acerco hacia la ventana. La tormenta todavía en ciernes. Ha oscurecido, la luz del faro recorre el horizonte.

Oigo el chisporrotear de la carne sobre la plancha de hierro caliente.

—Voy sirviendo la mesa— digo.

Montenegro no responde, sigue concentrado en su tarea. Llevo platos, cubiertos, vasos y servilletas hacia la mesa.

—La comida, Vázquez— le oigo gritar al cocinero de turno.

Me toca lavar los utensilios. Pongo el agua a calentar en el caldero para ayudar a quitar la grasa. Tardo unos pocos minutos en limpiar todo, lo hago rápido, sin fijarme en detalles. Preparo café. Montenegro ya se ha acostado, descansará un poco antes de su guardia. Apenas si comió. Lo noto más taciturno que de costumbre.

Sirvo café en un jarro, le agrego un chorro de whisky. Enciendo un toscano. Me siento mirando hacia la ventana, aunque no haya mucho para ver en medio de la noche oscura. Apenas si se nota algo cuando el haz de luz atraviesa la oscuridad. Desde hace un rato, comenzó a soplar el viento con mayor intensidad. Las rachas aúllan y estremecen la estructura de la casa. Pienso en los navegantes que tratan de sostener el rumbo frente a los duros golpes de las olas contra el casco de ese pequeño mundo enloquecido. Bebo un trago. Aspiro profundo el humo. La casa en penumbras se percibe en paz. Una paz que contrasta con la baraúnda de afuera, una paz engañosa. Durante las borrascas es menos turbulento estar en la isla que en el mar, aunque bastante más desolador.

5.

El manto oscuro apenas se va aclarando hacia el este. El temporal persiste. La torre cimbra ante los embates de las rachas. El ruido dentro del vientre del faro llega a estremecer. Si fuera un cadete recién egresado o estuviera en mi primera guardia aquí, el miedo se hubiera hecho presente en alguna de sus formas. Pero el espíritu necesariamente se encallece con el paso del tiempo de servicio en este culo del mundo.

Desde medianoche nieva. Su intensidad varía. Ahora la nieve cae en forma de charrón, con copos grandes como plumas. Son barridos por el viento hasta estrellarse contra todo aquello que se yergue. El lado sudoeste del faro está cubierto de una capa blanca. Deberé salir al balconcillo circular para quitar la nieve del vidrio, pues obstruye la visibilidad de la linterna. Descuelgo el chubasquero, lo dejamos a mano en la antecámara para estos casos, junto a los delantales y elementos de protección contra el mercurio. Me coloco el pesado poncho y subo a la cúpula.

Salgo con cuidado, la fuerza del temporal bien podría arrancarme la portezuela de las manos. Una vez afuera, me aferro a las barandillas para que el viento no me arrastre. La tela de lona engomada ofrece demasiada resistencia, se azota furiosamente. El ruido es ensordecedor. Intento ver, pero los copos golpean mi rostro, llevo los ojos llorosos apenas entreabiertos. En la penumbra del crepúsculo avanzo a ciegas. Sufre el cuerpo, sufre la mente. Se me dificulta pensar con claridad. Me muevo por instinto. Raspo los vidrios. La nieve pegada contra la superficie está dura, se ha escarchado rápido por acción del viento helado. Con una mano me sostengo de la baranda, con la otra restriego con ímpetu, también con algo de rabia. Enseguida siento los dedos entumecidos. Logro abrir el indispensable hueco por donde pueda pasar la luz de la linterna y vuelvo al faro. Reviso la lámpara. Me quito el poncho y bajo hasta la casa. Necesito el calor de la estufa y beber algo caliente.

Encuentro a Vázquez en la cocina. Ya se ha levantado, prepara el cocido. En un rato debe relevarme.

—Buen día, Vázquez.

—Buen día— responde desde su lugar junto al fogón.

— ¿Pudo descansar?

—Más o menos. Me cuesta dormir con tanto ruido de borrasca. Anduve soñando porquerías.

Voy a buscar el pan y la mermelada a la despensa.

—Ya está listo el cocido. Puede servirse— avisa.

Agarro un jarro, lo lleno. Voy hacia la mesa. Vázquez ya se ha instalado. Corta el pan con la mano, lo unta apenas. Yo, a diferencia, corto el pan en rodajas, a cuchillo, y le pongo bastante dulce.

—Nevó toda la noche— le digo después de beber un largo trago reparador.

—Se nota, ha refrescado bastante— dice.

Permanecemos un rato sin hablar, cada uno dedicado a saborear el rudimentario desayuno.

— ¿Algún barco?— averigua.

—Ninguno a la vista— respondo.

— ¿Tampoco en la guardia de Montenegro?

—Tampoco.

Volvemos a quedar en silencio, afuera continúa sonando el ventarrón.

Termino el cocido, me levanto y dejo el jarro en la tina de lavar. Aprovecho para ir al baño. Estoy volviendo cuando lo oigo nuevamente:

—Soñé un naufragio.

No se me ocurre qué responderle. Salgo al pasillo. Entro a la torre.

Montenegro toma mate junto a la ventana. Yo estoy ordenando un poco la cocina antes de ponerme a preparar el rancho del mediodía. Ha dejado de nevar. La isla está cubierta por un espeso manto de nieve. En contraste con la blancura aquí en tierra, mar y cielo extienden un gris interminable. El viento continúa soplando fuerte, aunque con menor intensidad. Ha borneado. Ahora viene del sur.

—Ahí está— dice de pronto Montenegro.

Sigo haciendo mi tarea, tardo unos segundos en acotar:

—Ninguna inclemencia lo detiene.

—Está acostumbrado.

—Seguramente— digo por decir.

Voy a la despensa en busca de ingredientes para hacer una carbonada. Poca variedad encuentro. Carne de capón, maíz, papas, cebollas, zapallo y un frasco con tomate triturado. Todo irá a la olla. Llevo las cosas a la cocina.

Voy por agua. Encuentro a Montenegro en el hall frío colocándose las botas y la capa.

—Salgo a revisar el esqui y el embarcadero— me informa.

—De acuerdo. Tenga cuidado en la bajada a La Olla— le digo.

Intuyo que, además de cumplir con su deber de verificar el estado de las instalaciones, algo que, por otra parte, no es de extrema necesidad en estos momentos en los que el viento sigue pegando fuerte, Montenegro necesita salir, estar fuera de estas cuatro paredes.

—A usted tampoco lo detienen las inclemencias— bromeo.

—También estoy acostumbrado— dice al salir.

La carbonada ya casi está lista. Hace más de una hora que Montenegro permanece afuera. Si fue a revisar el embarcadero y el bote, ya debería haber vuelto. Incluso habiendo encontrado algún destrozo, no lleva herramientas ni es el momento de hacer reparaciones. Empiezo a preocuparme. Me asomo a la ventana, no llego a verlo. Subo a la torre.

—Vázquez, fíjese si lo ve a Montenegro para el lado de La Olla— le digo desde la escalera, antes de llegar a su puesto.

—No lo veo— responde—. Si todavía está abajo, en la playa, será difícil verlo desde acá.

Decido ir por él.

—Hágame un favor, Vázquez— pido—. Baje y encárguese del rancho. El guiso está casi listo. Voy hasta La Olla a buscarlo.

Sigo las huellas que dejó. Siento el viento del sur azotar mi espalda, me empuja hacia el mar. La bajada a la playa se complica con la nieve acumulada. Por eso traigo un par de bastones. Desciendo con cuidado, afirmando el pie antes de dar otro paso.

Abajo lo encuentro. Sentado sobre el casco del esquife, que dejamos sobre la playa dado vuelta. Observa inmutable el mar, la mirada perdida. Las rachas zamarrean sus ropas sin alterar la pose estatuaria. Tampoco parece importunarlo el rocío que levantan las olas al romper furiosas contra las restingas de la costa.

—Fidel— lo llamo sin acercarme demasiado.

No responde, ni siquiera se mueve.

—Fidel— vuelvo a decir, ahora en voz más alta.

Tarda en dar vuelta el cuello para dirigirme una mirada ida, sin soltar ni una palabra.

Me le acerco. Pongo mi mano enguantada sobre su hombro.

—Fidel— insisto—. Debe volver a la casa, ya está el rancho.

—Ah, sí... sí... el rancho— balbucea y se levanta.

6.

Libro de guardia

Abril, quinta semana.

Día 28, se hace entrega de una lata de kerosene al observatorio. En contrapartida, se recibe, en calidad de préstamo, una bolsa con 25 kg de papas.

Día 29, siendo las 9 h, entra vapor a Puerto Cook, se ignora nacionalidad.

Día 30, se realiza limpieza y lubricación del mecanismo de la linterna.

Mayo, primera semana

Día 1, siendo las 13 h, fondea en Bahía Miguel la goleta “Diomedes”, de bandera italiana. Se estima que para buscar refugio del temporal o para hacer alguna reparación de emergencia. Nadie desembarca, tampoco hay comunicación con la nave.

Día 2, siendo las 11:30 h, la goleta “Diomedes”, fondeada desde el día anterior, leva anclas y zarpa con rumbo norte.

Día 3, personal abocado al mantenimiento del cobertizo del desembarcadero.

Día 4, sin novedad.

7.

Mandé a Vázquez y a Montenegro a carnear un capón. Antes deben ir a buscarlo a los corrales, en el observatorio. En verano los dejamos vagar por la isla en busca de la mejor pastura.

Nos quedan pocos capones, dos para el faro y otros tres que corresponden al observatorio. Llevo un minucioso conteo de todas las provisiones. Si nos ajustamos tendremos carne para un mes, tal vez un poco menos. Habrá que mariscar, pescar y cazar para completar la dieta, o comeremos solo pan y legumbres hasta que venga el transporte.

Yo comienzo mi guardia. Encuentro el tubo de la lámpara bastante tizado. Será necesario ajustar la combustión. Antes me pongo a limpiarlo. Me concentro en este trabajo, que no requiere de esfuerzo, pero sí de cierta delicadeza para no romper el fino vidrio.

Cada tanto observo hacia el mar y recorro con la vista el horizonte. Estoy terminando la limpieza cuando, al levantar la cabeza casi intuitivamente, distingo a lo lejos un velamen. Se acerca al Le Maire con rumbo sur. Dejo el tubo y el trapo para agarrar los binoculares. Es un pailebot de bandera argentina. Ha de llevar mercadería para Ushuaia. Sigo al detalle su singladura y las maniobras de sus tripulantes, como si participara de la navegación. Durante esos minutos me alejo imaginariamente de la isla para abordar el pailebot y navegar un rato. Lo hago hasta que el barco desaparece de mi vista. Entonces busco el libro y anoto la novedad. Recién después termino de quitar el último resto de tizne del vidrio y comienzo a calibrar la combustión de la lámpara.

En todo momento evito dispersarme y que mi mente se llene de pensamientos ociosos, de esos que llevan a realizar conjeturas raras, absurdas, insistentes como olas al golpear las piedras. Por eso trato de concentrarme en cualquier tarea por nimia que

FAREROS

esta sea. Lo bueno es que, mientras dure el servicio en la isla, siempre tendremos algo para hacer.

Del lado del observatorio veo venir a Montenegro y a Vázquez. Traen un capón enlazado.

Durante toda la semana Vázquez anduvo con bastante tos, a veces seca, como de perro. Hoy volvió temblequeando luego de carnear afuera el capón junto a Montenegro. Yo justo había bajado para ir al baño cuando me lo crucé entrando a la casa. Dijo sentirse afiebrado. Le aconsejé que se acostara un rato. Extendí mi guardia dos horas más para que pudiera descansar.

Ahora bajo de la torre a ver cómo sigue. Fidel está sentado en su catre, al lado, pues comparten la pieza. Talla un trozo de madera con el cuchillo.

— ¿Cómo se siente, Vázquez?— le pregunto.

Su primera respuesta es un largo catarro.

—Acá me ve— dice y amaga a incorporarse.

Vuelve a toser y escupe en la bacinica al costado de la cama.

— Ya subo a relevarlo— me dice.

Lo miro, está pálido, ojeroso. No me parece buena idea que realice su guardia en estas condiciones.

—Fidel, vamos a turnarnos usted y yo en las guardias de hoy, hasta que Vázquez se recupere— le propongo a Montenegro, más bien dispongo.

Asiente con la cabeza sin decir nada. Deja el cuchillo y la madera sobre la mesa de luz que comparten, se levanta.

—Subo— dice y pasa a mi lado.

—Voy a buscar el botiquín, ahí debemos tener algunas aspirinas— le digo al enfermo.

Encuentro un frasco con cuatro píldoras. Saco una. Regreso el botiquín a su lugar, en el ropero de mi habitación. Paso por la cocina en busca de una jarra con agua y un vaso.

—Tome, Vázquez.

Le alcanzo la pastilla y sirvo agua en el vaso. Dejo la jarra en la mesa de noche. Se incorpora con cierta pesadez. Se queda un instante sentado, tarda en estirar su mano hasta la mía. Traga la aspirina, bebe un sorbo de agua.

—Gracias— dice.

—Tendría que ponerse unos paños calientes en el pecho— le sugiero—. Mi esposa lo hace cuando los niños están acatarrados.

Vázquez hace un gesto que interpreto como una afirmación y vuelve a apoyar su cabeza en la almohada. Más bien se deja caer sobre ella.

—Descanse— le digo y salgo de la habitación.

Repaso el inventario de alimentos en la despensa. La carne y las verduras escasean, pero, por lo demás, podremos arreglarnos hasta que vuelva el transporte con las provisiones.

Al salir de la despensa lo veo a Vázquez emponchado junto a la estufa. Prepara el cocido.

— ¿Se siente mejor?— averiguo.

—Algo— dice con voz ronca.

—El efecto de la aspirina— acoto.

Vázquez asiente con la cabeza.

Voy hacia la mesa con el cuaderno en el que llevo las cuentas para seguir viendo los números. De kerosén estamos bien. El carbón para las estufas habrá que cuidarlo un poco más. En caso de emergencia, podríamos recurrir al observatorio para que nos preste, pero dependeríamos del consumo de ellos. No puedo contar de antemano con aquello que no tengo.

Se acerca Vázquez. Deja la jarra con el cocido humeante sobre la mesa y tres jarros. Se sienta, tose.

— ¿Se puso paños calientes?— le pregunto y me levanto para ir a llamar a Montenegro.

—No creo que sea necesario. Como vino, se va a ir— lo escucho responder con cierto estoicismo inútil.

Vuelvo de llamar a Fidel. Aprovecho para ir por el pan, lo llevo a la mesa. Siento que el ambiente se ha enfriado. Atizo las brasas y agrego carbón.

Aparece Montenegro para merendar. Ha de sentir frío, pues se para junto a la estufa y extiende las palmas de sus manos temblorosas sobre ella.

— ¿Alguna novedad, Fidel?— averiguo.

Permanece unos segundos abstraído, como rumiando la idea. Después responde:

— Habría que cambiar la mecha.

—Mañana lo hacemos.

Montenegro va en busca de la botella del destilado turbio. Recién entonces se sienta a merendar. Le echa un chorro de ese extraño licor al cocido. Corta un pedazo de pan y lo sumerge.

Los tres tenemos la costumbre de ensopar el pan en el mate cocido. En verdad, casi todos los que conozco lo hacen.

— ¿Lo vieron hoy?— pregunta Vázquez entre carraspeos.

—Apareció hará como dos horas, por punta Lugo, como siempre— le responde Montenegro.

—Es metódico— acoto con algo de sorna.

—Andará buscando algún alma— dice Montenegro en tono de sentencia mientras se arma un cigarro.

Luego los tres nos quedamos en silencio. Vázquez vuelve a toser.

8.

Otra vez el viento, un azote helado del sur. Estimo las rachas entre 60 y 70 nudos. El mar grueso, espumoso. Las rociaduras de las olas llegan hasta aquí arriba. De estar afuera, me resultaría difícil mantenerme en pie. Observo por la ventana. El cielo gris, la isla blanca. Desde el mar ha de verse como un témpano con una torre de faro en medio, en lo alto. Algunos petreles planean contra el viento. Cuando se dejan llevar, trazan unas extensas parábolas en el aire hasta perderse a lo lejos. Parecen barriletes con alas, y sin piolas.

Oigo el catarro de Vázquez antecediendo su presencia. Baja de la torre. Por la mañana dijo sentirse mejor, por lo que hace su turno de guardia.

—Cambié la mecha— dice con algo de disfonía.

—Ya lo anoto en el libro— respondo.

—En la jarra hay café— le dice Montenegro sin dejar de sacar virutas con el filo del cuchillo en la madera.

Me extraña que realice esa tarea con precisión y rapidez, siendo que por lo general muestra un pulso inestable.

La jarra con el café está a un costado de la estufa. Vázquez se acerca con un jarro en la mano y se sirve.

Por uno o dos minutos nuestros oídos simplemente escuchan el rugir del viento. Si uno presta atención, como lo estoy haciendo ahora, por detrás se dejan oír el crepitar del fuego y el filo del cuchillo sisear sobre la madera. Ahora la tos de Vázquez se impone a estos y compite con el vendaval.

—Ahí está— les informo al ver llegar a nuestro cotidiano visitante.

Vázquez se acerca a la ventana con el jarro en la mano. Se para a mi lado. Montenegro, sin dejar de tallar, pregunta:

—Ha de venir para alimentarse— conjetura Vázquez.

— Es su territorio, se mueve libremente por él— se me ocurre.

—Entonces, no es que viene de visita, viene porque viene— dice Montenegro.

Quedamos nuevamente en silencio. Vázquez termina su café y va al baño antes de regresar a la torre. Pero, al volver, en vez de encarar hacia el pasillo que comunica la casa con el faro, se nos acerca. Permanece un rato parado ahí, sin decir nada. Primero parece vacilar, carraspea, después pregunta:

— ¿Nosotros por qué tenemos que hacer esto?

Tanto Montenegro como yo volvemos la vista hacia Vázquez. De mi parte no entiendo bien qué ha querido decirnos.

— ¿A qué se refiere, Vázquez?— le pregunto medio intrigado.

— ¿Por qué hacemos este trabajo, por qué encendemos cada noche la linterna?

Quedo perplejo. Creo que Montenegro, por la mirada que le dispensa a su compañero, también lo está, aunque no deja de mover el cuchillo.

Desconozco el porqué de una pregunta cuya respuesta es la mayor de las obviedades para cualquiera que esté de servicio en un faro. Le respondo como su superior:

—Porque es nuestro deber, Vázquez.

Montenegro de pronto ha dejado de tallar, se queda viendo hacia donde está Vázquez o hacia la nada, no alcanzo a distinguir.

— ¿A quién servimos al cumplir con nuestro deber?— insiste Vázquez.

Sus cuestionamientos me confunden. Jamás se me ocurriría preguntarme algo así, tan ilógico, sobre mis obligaciones. Quizás persista la fiebre y no esté razonando bien, pienso.

— Esas preguntas se las habrán respondido en su instrucción— le digo como para cerrar esta conversación absurda e improductiva.

— Ninguna instrucción responde estas preguntas— dice.

— ¿Qué le pasa, Vázquez?— pregunto con cierto fastidio.

Piensa un instante antes de decir:

—Encendemos y cuidamos el faro para tratar de evitar que las compañías navieras sufran pérdidas materiales. Pero ni a esas compañías ni a los gobiernos les preocupa la vida de los marinos, mucho menos la salud de los fareros. Para ellos somos descartables.

Por eso es que me pregunto y les pregunto a quién servimos en realidad. Me gustaría saber qué piensan ustedes.

Vázquez intenta declamar como si estuviera en una asamblea, pero por su disfonía debe forzar la voz.

— ¿Se ha estado juntando con anarquistas?— me sale preguntarle.

— No hay que ser anarquista para darse cuenta de algunas cosas— responde.

—Mi respuesta es simple, Vázquez— digo sin pensarlo dos veces—. No hay que darle demasiadas vueltas al asunto. El trabajo del farero es mantener esa linterna funcionando y vigilar. Qué importa a quiénes servimos.

Se hace una pausa, quedamos los tres en silencio. De fondo, el bramar del mar y de las rachas feroces.

Montenegro, que ha permanecido sin realizar movimiento alguno, con la vista puesta en vaya uno a saber qué lugar, por fin habla:

—No lo había pensado así como dice, Vázquez. Usted tiene razón en que no le importamos ni a los gobiernos ni a las compañías. Ahí lo tienen sino a Zucarelli, abandonado a su suerte en el Cook. De todos modos, de mi parte, trato de hacer mi trabajo y mantener esa linterna encendida solamente para que los marineros puedan llegar a puerto. Gente conocedora de esos temas me ha dicho alguna vez que las compañías contratan un seguro y, si naufraga un barco, les pagan por las cosas perdidas en el mar. La cuestión es que, por más seguros que contraten, los marineros que van en esos barcos solo tienen esta única vida...Digo yo... no sé... me parece.

Con Vázquez nos quedamos callados. A mí no se me ocurre nada para agregar. No soy de pensar en estas cuestiones. Montenegro retoma su trabajo con el cuchillo y la madera. Vázquez amaga a decir algo, pero no lo suelta y en silencio se encamina de nuevo hacia la torre.

9.

Libro de guardia

Mayo, tercera semana.

Día 12, se entregan al observatorio tres latas de kerosene.

Día 13, se avista a pailebot de bandera argentina rumbo Ushuaia.

Día 14, cambio de mecha de la lámpara.

Día 15, se avista el transporte “1º de mayo”, rumbo sur por Le Maire.

Día 16, sin novedad.

Día 17, se traba el mecanismo de poleas, se procede a su reparación.

Día 18, se avista fragata de bandera holandesa, rumbo sur.

10.

Es casi media mañana y todavía no ha terminado de amanecer. Estoy en la cámara de servicio, giro la manivela para volver a levantar la pesa del mecanismo de relojería que hace rotar la linterna. Llega Vázquez a relevarme.

— ¿Se volvió a trabar?— me pregunta al verme en medio de la tarea.

Niego con la cabeza.

—Quedó una seda después de la reparación— respondo.

—Bien— dice y se pone a mirar por el ojo de buey.

—Hay mucha nubosidad baja, se va demorar el clareado— le digo.

Suelta un “aha”. Continúa viendo hacia el horizonte.

Una vez que la pesa está arriba, reinicia el ciclo del mecanismo giratorio y concluye mi turno. Ya por empezar a bajar, lo chanco:

—No se le vaya a ocurrir apagar la linterna como hacen los raqueros.

Vázquez suelta una risita.

—Despreocúpese, Díaz. Estará encendida hasta que aclare— dice.

Bajo dos o tres peldaños y vuelvo a escucharlo. Me detengo.

— ¿Usted sabe que yo conocí unos fueguinos que andaban al raque cuando hice mi servicio en el San Juan de Salvamento?— me dice.

Vuelvo sobre mis pasos, subo los dos o tres peldaños que antes bajé para escucharlo. Continúa hablando:

— Venían de Punta Arenas. Buscaban los restos de la goleta “Maule” en la bahía Crossley.

— ¿Tuvo trato con ellos?

— Sí, sí, se acercaron al faro, pero sin malas intenciones. Uno de ellos se había quemado feo un brazo y se vinieron desde puerto Cook a ver si teníamos algún ungüento. Ahí, averiguando, me pude enterar de algunas cuestiones del raque. Aunque a usted le cueste creer, ellos habían ido a Chuanisin a pedido de la naviera. Resulta que algunos

raqueros, calculo que los menos levantiscos, suelen ser contratados por los armadores, incluso por las mismas compañías de seguro, para que recobren las piezas de mayor valor de un naufragio...

— ¿Los contratan?— pregunto extrañado.

— Bueno, lo que se dice un contrato no, simplemente ha de tratarse de un acuerdo más bien informal, por debajo de la mesa, como quien dice...

Trato de seguir su charla con atención, a pesar que la modorra posterior a una noche de guardia comienza a vencerme.

—Así que, fíjese, Díaz, no siempre las cosas son como se las cuentan a uno— prosigue Vázquez, que está más locuaz que de costumbre—. Esa historia, que también oí en algún lado, de raqueros que toman por asalto un faro y apagan la linterna para que los barcos naufraguen y así hacerse del botín me parece que es una leyenda. Tal vez haya ocurrido alguna vez, no sé. De todos modos, en el caso del San Juan de Salvamento, ni hubiera sido necesario apagarlo, ya sabemos que su ubicación no era la mejor, y encima en estos mares...

—Es cierto, Vázquez, muy cierto— digo como para cortar su monólogo y poder bajar de una vez a mi habitación. Se me cierran los ojos.

Pasado el mediodía me levanto. Dormí poco y mal. Tuve sueños confusos de los que me quedan imágenes deshilvanadas y algo de angustia. En la sala encuentro a Montenegro, sentado al lado de la estufa mate en mano. Sobre la mesa, la botella del destilado y un vaso, ambos vacíos.

Montenegro permanece con la cabeza levemente inclinada hacia adelante. Parece no haberse percatado de mi presencia, quizás dormite. Tampoco encuentro señales de que haya comenzado a preparar el almuerzo. Deberé encargarme yo. Debido a la hora, lo único que se me ocurre es cocinar una sopa rápida y acompañarla con pan. Voy a la despensa por los ingredientes.

Al volver veo que Montenegro ha variado la posición, aunque continúa con el mate en la mano. Ahora observa por la ventana con la mirada perdida. Dejo las cosas sobre la mesada y lo llamo:

—Fidel...

Demora en girar su cuello para mirarme. Se me queda viendo por unos segundos.

— ¿Un mate, Díaz?— pregunta una vez que me descubre.

—Bueno.

Con parsimonia levanta la pava de la estufa y llena la calabaza con agua. Desde su lugar extiende su mano con el mate cebado. Me acerco.

—Debiera haber cocinado usted— le señalo, pero sin el énfasis de un reproche.

Sé que su desliz lejos está de tratarse de una avivada, un intento de desligarse de una tarea para que la haga alguno de sus compañeros. Montenegro tiene una forma de ser un tanto particular, lo conozco bastante. Su tiempo espiritual a menudo difiere del de los relojes

—Ah sí, disculpe, me entretuve...

—Deberá encargarse de lavar los cacharros antes de subir para su guardia— le informo.

—Sí, claro— responde.

Vuelve su mirada hacia afuera, hacia el manto blanco que cubre la isla, y más allá el mar agrisado por la nubosidad.

— ¿Ya vino el visitante?— pregunto como para sacar un tema de conversación.

Sin mirarme responde:

—Nosotros somos los visitantes acá.

No sé qué agregar. Esos pensamientos raros me confunden. Vacío el agua de la calabaza con un último sorbo ruidoso y se la devuelvo.

—Voy a hacer una sopa— digo.

En silencio, se sirve un mate con la mirada puesta en la yerba que se cubre de espuma.

Lo dejo. Me acerco a la cocina. Pongo unos huesos a hervir y comienzo a trozar el último zapallo que nos queda.

11.

Ya desde la madrugada aflojó la intensidad del viento, aunque nevó durante toda la noche hasta casi el mediodía, cuando se abrió un hueco entre las nubes por donde se filtró, después de una semana, una esperanzadora resolana. Ahora hay un sol débil, pero sol al fin.

Ni bien terminamos de almorzar, salimos con Montenegro a recorrer la isla. Debido a la nieve fresca acumulada, llevamos raquetas y bastones.

El primer tramo lo hacemos hasta el observatorio para acercarnos dos latas de kerosene. El trecho es corto, sin embargo avanzar por la nieve con la carga no resulta sencillo. Cada lata pesa diez kilos y la nieve blanda, por más que calcemos raquetas, dificulta el paso.

Dejamos el kerosene a la entrada del depósito. Doy aviso a los operadores con un chiflido y seguimos camino. Debemos aprovechar esta tregua que nos ha brindado el clima. La resolana se filtra por entre las nubes y ayuda bastante al ánimo.

Vemos a los últimos tres capones que quedan. Están al reparo en el corral junto a unas de las construcciones.

Enciendo un toscano, le convido uno a Fidel, que acepta agradecido. Vamos hacia la parte sur de la isla. Más allá vemos Chuanisin. Por la nubosidad menos densa y no tan baja, se puede distinguir el pico del cerro Kendall. En el mar, el oleaje ha amainado. Las otras dos islas del archipiélago de Las Malvinas se muestran absolutamente blancas, inmaculadas de nieve las superficies achatadas.

Con Montenegro caminamos en silencio. Mientras lo hacemos, disfrutamos de nuestros cigarros. Vamos por las cercanías de las costas según el sentido de giro de las agujas del reloj para circundar la isla.

En punta Pájaro nos quedamos un rato observando las colonias de pingüinos y lobos marinos. Me entretengo además viendo el vuelo de unas gaviotas, hoy sus chillidos ensordecedores no me resultan molestos. “Es un buen día”, pienso.

—Allá— me dice de pronto Montenegro con el brazo extendido y el dedo índice apuntando hacia la costa.

Vengo unos pasos por detrás de él, pues me detuve a orinar. Estamos en la parte noroeste de la isla.

— ¿Qué hay?— le pregunto mientras me acerco.

—Un casco— dice.

Se quita las raquetas y baja presuroso hacia la playa.

Alcanzo a ver en las restingas, que han quedado al descubierto por la bajamar, algo que parece ser parte del casco de una embarcación de madera pequeña, tal vez una chalupa, o un cúter, que el viento y el oleaje de estos días ha arrastrado hasta aquí.

Una vez en la playa, descubro que se trata de la mitad de un bote, o casi, todo el costado de babor hasta la aleta, con la roda completa y un tramo de quilla con algunas de las cuadernas. Las maderas del casco están cubiertas de mejillones y lapas.

—Lo ha de haber traído la tormenta— le digo a Montenegro que inspecciona los restos minuciosamente.

—La madera está buena, bien conservada— dice.

—Así parece— digo por decir.

Desde hace unos cuantos minutos el cielo ha vuelto a cubrirse, falta poco para que anochezca.

—Volvemos, Fidel— le anuncio.

—Tenemos que llevarlo. Es buena madera, de la mejor, me va a servir para tallar— dice.

Su propuesta me sorprende, parece algo descabellada. Quitar de la restinga ese pedazo de bote, que no debe pesar menos de cien kilos, y luego arrastrarlo por la isla hasta el faro me parece demasiado esfuerzo, además de inútil.

—No me parece conveniente, Fidel— le digo—. Si quiere, usted puede volver mañana con el hacha y desguazarlo.

—Va a subir la marea pronto, y habrá mal tiempo— anuncia.

Quedo un instante en silencio. Dudo. Podría darle una orden y dar por finalizada la controversia, pero considero que hacer pesar mi rango, si no es indispensable, no es el mejor modo de relacionarme con mis compañeros de servicio.

—Yo me encargo de llevarlo a la rastra— me dice Montenegro al verme dubitativo.

—Es demasiado para usted solo.

—Me las voy a arreglar— dice y se pone a desenrollar un cabo que extrae del saco que lleva en bandolera.

Para estas caminatas, siempre llevamos sogas y algunas herramientas, además de agua y un poco de alimento, por cualquier contingencia.

—Está bien, Fidel. Vamos a intentarlo— le digo.

Cargamos entre los dos el pedazo de bote para quitarlo de la restinga. Después lo atamos de la roda y lo subimos desde la playa. Una vez arriba, acostamos el medio bote para que deslice sobre la nieve. En el extremo libre de la soga, atamos un madero, a modo de yugo, para aferrarlo con nuestras manos y empujar de él como si fuéramos dos bueyes. En verdad, esta última tarea no nos resulta tan compleja. La superficie nevada nos facilita bastante el arrastre y en menos de media hora ya estamos casi en el faro.

Llegando a la altura de punta Lugo, veo las huellas en la nieve y se las señalo.

— Ahí, Fidel.

— ¿Qué hay?— me pregunta.

Dejamos de jalar por un segundo. Mira hacia donde le estoy señalando.

—

Nos quedamos contemplándolo unos instantes, hasta que se marcha. Aprovechamos a beber unos tragos de agua y volvemos a tirar de la soga para seguir arrastrando la mitad de bote.

12.

Libro de guardia

Mayo, última semana

Día 26, se produce un desperfecto en el mecanismo de elevación de la pesa, el personal lo repara.

Día 27, se realiza mantenimiento del mecanismo de giro y se revisa el mercurio.

Día 28, se avista fragata de bandera holandesa, rumbo norte.

Día 29, se entregan dos latas de kerosene al observatorio, en contrapartida se reciben en calidad de préstamo dos zapallos y una bolsa con zanahorias.

Día 30, el personal abocado a la reparación del piso de la sala. Se avista el transporte "1° de mayo", rumbo norte por Le Maire.

Día 31, sin novedad.

Junio

Día 1, se rompe un tubo, se procede a su reemplazo.

13.

Vuelvo de la despensa, estuve ordenando un poco. Hice además un nuevo recuento de la mercadería que nos queda. Andaremos algo ajustados, pero calculo que no vamos a pasar hambre hasta que venga el transporte según lo programado, días más, días menos. Tener un buen margen es fundamental en estas latitudes, donde los imprevistos son tan frecuentes que ni siquiera pueden llamarse imprevistos.

Lo encuentro a Vázquez dando vueltas en torno a la mesa. Sus pasos resuenan rítmicamente en las tablas del piso de madera.

— ¿Qué pasa, Vázquez?— pregunto extrañado.

— Necesito caminar y no tengo ganas de emponcharme y calzar las raquetas para andar en la nieve— responde.

Evito dar mi opinión. Echo un poco de carbón a la estufa y atizo las brasas para que resurja el fuego. Me quedo un rato parado junto a la estufa para calentar mis manos. En unos minutos empieza mi turno en la torre.

—Además me ayuda a pensar— agrega al rato.

— ¿Y qué anda pensando? Si se puede saber.

— Cosas— responde sin dejar de caminar.

Primero, me quedo viéndolo girar sin agregar nada. Después le digo:

—Mire, Vázquez, que el pensar por pensar no resulta buen consejero en este trabajo.

Sin responder, cambia de rumbo. Va hacia la mesada, se sirve agua en un jarro y vuelve hacia la mesa. Se sienta, bebe un sorbo. Recién entonces habla:

—No puedo evitar pensar, Díaz. Pienso en cosas distintas, algunas sin importancia. Me ayuda a escapar de la rutina.

—Si es así— respondo

Aunque tengo una visión distinta de las cosas, me parece legítima su postura. Allá él.

Vázquez ahora bebe agua en silencio, tal vez rumiando sus ideas, y yo me voy yendo hacia la torre, el deber me llama.

Subo a la cámara de servicio. Montenegro gira la manivela para elevar la pesa.

— ¿Cómo estuvo la guardia?— averiguo.

—Igual que siempre— responde enfrascado en esa simple tarea.

— ¿Alguna novedad?

Termina de subir la pesa. Saca un papel del bolsillo superior de la chaqueta. Lee:

— Dieciocho horas, quince minutos. Pailebot... bandera argentina... abandona Le Maire... rumbo norte— dice y vuelve a guardar el papel.

Mientras habla lo observo. El temblequeo en sus manos es una constante, como su delgadez. Ahora le noto un tono amarillento en la piel curtida de su rostro.

—Bien. Ya lo anoto en el libro—digo—. Vaya y descanse.

Montenegro comienza a bajar sin agregar nada más.

Ni bien quedo a solas, busco el libro en el estante y anoto el avistamiento. Después me pongo a ver por el ojo de buey. Recorro con la mirada el firmamento oscuro. Ninguna luz interrumpe la negrura del mar. Dejo de vigilar el exterior para hacer una revisión ocular del mecanismo de relojería que hace girar la linterna. Por fortuna, cada una de las piezas funciona correctamente. La lubricación es la adecuada. El sonido de la maquinaria me resulta agradable, resuena en el interior del cilindro con un ritmo monocorde. “El corazón del faro”, pienso.

Ahora traspaso la puerta trampa para revisar la lámpara. El tubo está impecable, sin rastros de hollín. Lo debe de haber limpiado Montenegro antes de mi llegada. Inspecciono el nivel de aceite. Recién deberé completarlo dentro de unas horas. Me pongo a repasar con un trapo la lente Fresnel. Creo que lo hago por mera costumbre, sin pensar, mecánicamente. Me cuesta estar sin hacer algo. Después sigo con los vidrios. Esta tarea me lleva un poco más de tiempo. Cuando empiezo a sentir frío, desciendo nuevamente a la cámara.

Vuelvo a revisar el mecanismo por si se me escapó algún detalle. Nada. Todo funciona.

Observo por el ojo de buey. El haz de luz de la linterna va mostrándome en su girar invariable la sucesión de olas negras espumosas y nada más.

Reviso el libro de guardia. Me entretengo un rato examinando la frecuencia de los barcos que suelen pasar por Le Maire.

— La cena, Díaz— la voz de Vázquez interrumpe mi lectura.

Vázquez cocinó otra vez guiso de capón. Comemos en silencio. Se oyen de fondo el aullar de las rachas de viento del sur, que ha comenzado a soplar desde hace unos minutos, y el romper de las olas.

El quinqué en el centro de la mesa disminuye de pronto la intensidad de su luz.

—Hay que agregarle kerosene— digo.

Montenegro, que apenas si ha probado bocado, se pone de pie, levanta la lámpara y la lleva para recargarla. La mesa queda en penumbras, si bien hay otras tres distribuidas por la sala. Enseguida vuelve a dejar el quinqué, ahora con buena llama, en el centro de la mesa. Se sirve un vaso con el destilado turbio y bebe un trago. Luego toma la cuchara. Con ella revuelve insistentemente el guiso. Se lleva un mínimo bocado a la boca. Deja la cuchara sobre la mesa. Permanece con la cabeza gacha, la mirada en el vaso.

Vázquez que, como yo, observa los movimientos de su compañero, pregunta:

— ¿No va a comer más?

Montenegro levanta la cabeza y lo mira sin decir nada.

— ¿No le ha gustado?— insiste Vázquez.

Tampoco responde. Agarra el vaso y lo vacía.

Vázquez vuelve a hablar:

—Está tomando mucho, Fidel.

Montenegro da un golpe en la mesa con el puño cerrado que hace saltar los utensilios y el quinqué, cuya llama trepida por un instante.

—No me ande jodiendo con pavadas— dice y se levanta.

—Y usted no me falte el respeto— exclama Vázquez que también se levanta. Al hacerlo su silla cae.

—A ver si se calman, carajo, y me dejan comer en paz— ordeno con un grito.

Vázquez ubica la silla en su lugar y vuelve a sentarse refunfuñando por lo bajo. Montenegro agarra la botella y enfila hacia la habitación.

—Fidel, no se le vaya a olvidar lavar los cacharros— digo en voz alta para que me oiga.

14.

Trabajo el marfil. Tengo dos boquillas terminadas, bien pulidas. Voy por la tercera antes de que llegue el transporte. Entonces podré canjearlas por unos cigarros.

Montenegro hace su guardia en la torre. Vázquez toma mate y mira por la ventana. Hoy ni han cruzado palabra entre ellos y apenas conmigo. Evito intervenir, ya se les pasará el enojo. Mientras cumplan con sus obligaciones, los dejo que arreglen las cosas a su manera. Ninguna orden puede cambiar eso.

Ha nevado intermitentemente durante todo el día. Cada tanto se desata un chubasco de granizo fino que repiquetea en las chapas del techo, los vidrios de las ventanas y el metal de la torre.

Nuestro visitante hizo su aparición por la mañana. Se acercó al faro como nunca antes. Montenegro en ese momento estaba afuera. Al reparo de uno de los costados de la casa, quitaba las lapas y mejillones adheridos a la madera de “su medio bote”. Al verlo tan cerca, dejó el trabajo y se le fue aproximando sin importarle las rachas de viento ni la nieve que empezaba a blanquear toda su ropa. Detuvo su andar a una decena de metros y se quedó observándolo. Permaneció así, estático, uno o dos minutos. Apenas el visitante se marchó, un minuto después del encuentro, Montenegro dio media vuelta y retornó paciente a su tarea.

— ¿Un mate?— pregunta seco Vázquez.

—Y cómo no— le respondo.

Me acerca en silencio la calabaza espumosa que seco con una larga chupada.

—Está bueno— le digo al devolverle el mate.

Hace un movimiento de cabeza en agradecimiento. Vuelve a llenar de agua la calabaza.

—Mañana vamos a tener que revisar el mercurio— le digo.

Intento generar alguna conversación, para tantear su ánimo.

—Bueno— dice.

Sorbe el mate hasta sacarle ruido. Inmediatamente ceba otro y me lo tiende.

Estoy por llevar la bombilla a mi boca, cuando escucho el ruido a mis espaldas. Son pasos presurosos que retumban por la escalera de metal, luego la puerta que se abre.

—Náufrago— exclama Montenegro que pasa a la carrera.

En el hall frío se coloca el poncho y toma las raquetas. Con Vázquez nos levantamos de inmediato. Parte del contenido del mate se me chorrea sobre una pierna.

—Espere, Fidel— le pido

Parece no escuchar, sale.

—Vázquez, vaya con Fidel. Lleve cabos— digo algo agitado.

Subo apurado a la torre. Una vez arriba, agarro los binoculares y rastreo el horizonte. Veo un cúter de bandera argentina que bordeja entre las olas espumosas. Intenta llegar a puerto Cook. El casco por momentos se oculta en el seno de la ola y luego reaparece rompiendo la cresta. Enfoco las lentes para ver la cubierta, ahí todo parece estar normal. Si bien el cúter navega bastante escorado por ceñir a rabiar, el patrón parece llevar el rumbo bajo control. Veo a Montenegro bajar hacia la playa de La Olla hasta que se me pierde de vista. Vázquez lo sigue un centenar de metros por detrás.

Vuelvo a acompañar con la mirada la navegación del velero para comprobar que la de Montenegro haya sido una falsa alarma por algún error de apreciación. Efectivamente, el cúter, con dos manos de rizos en la mayor y un tormentín a proa, rumbea hacia puerto Cook sin mayores contratiempos. Busco para el lado de La Olla, los dos ya han bajado y no puedo verlos desde acá.

Salgo. Voy rápido para la playa para avisarles. Se hace difícil andar. El viento arrastra unos copos pequeños escarchados que golpean impiadosos. La capa de nieve en la superficie se ha endurecido y eso la hace más resbalosa. El descenso hacia La Olla se torna peliagudo.

Montenegro arrastra el esquife hacia el mar, ya tiene los dos pies metidos en el agua, hasta la pantorrilla. Desde la costa Vázquez trata de disuadirlo. Con estas condiciones climáticas las corrientes producen escarceos peligrosos en la bahía. En un esquife pe-

queño y a remo lo más probable es que las olas lo tumben a poco de adentrarse en las aguas. Además están las restingas de piedras filosas.

—No entre, Fidel, es una orden— grito desesperado mientras bajo a las patinadas.

—Déjese de joder, hombre, se va a ahogar al pedo— le oigo decir a Vázquez.

—Pare, Fidel, no hay ningún náufrago— agregó a viva voz.

Montenegro se queda parado todavía en el agua, me mira sin decir nada. Aguanta el esquife de la boza.

—Escúchelo a Díaz, no hay naufragio— le dice Vázquez ya casi con los pies en el agua.

—Yo lo vi— dice Montenegro a media voz.

—Vio mal, se confundió— le digo.

—Lo vi— insiste, casi con un susurro, ya sin convicción.

—Deme que lo ayudo— le pide Vázquez y estira su mano.

Montenegro resignado le entrega la boza. Vázquez comienza a sacar el esquife del agua. Montenegro también sale del agua sin decir una palabra. Tampoco lo hace en todo el camino de regreso al faro.

15.

Libro de guardia

Junio, primera semana

Día 2, se traba el carrete del cable de la pesa, el personal procede a repararlo.

Día 3, pailebot de bandera argentina con rumbo norte.

Día 4, se avista cúter rumbo a puerto Cook.

Día 5, Día 6, el personal abocado a la reparación del montacargas del desembarcadero dañado por temporal.

Día 6, sin novedad.

Día 7, se avista fragata de bandera francesa, rumbo sur.

Día 8, 12.30 h fondea goleta “Maryam”. Leva anclas a las 15.00 h.

16.

Subo a la torre para relevar a Montenegro. Insistió en hacer su turno a pesar de tener, según contó durante la cena, un fuerte dolor de espalda desde hace unos días. Tal vez haya hecho algún mal movimiento cuando quitamos el pedazo de bote de la playa, o posiblemente sea una dolencia que arrastra desde que intentó salir con el esquife en medio del temporal.

Dejarse llevar por las emociones en estos trabajos resulta de alguna u otra manera perjudicial y Montenegro no actuó razonablemente aquel día. Se lo hice saber poco después, más que como una reprimenda de su superior, como consejo de un colega. Debido a su error de apreciación y su arrebató de pretender lanzarse al mar sin medir los riesgos, puso en peligro su vida, además de la de su compañero, que pudo verse en la obligación de ir a rescatarlo, y con ello el servicio del faro.

—Volvió a trabarse el carrete— dice apenas me ve.

— ¿Lo pudo solucionar?— averiguo preocupado.

— Logré subir la pesa y ahora está bajando normalmente— responde.

—Vamos a tener que desmontarlo de nuevo— le digo.

—Aha— balbucea.

Lleva ambas manos hacia la parte baja de la espalda y se arquea hacia atrás para estirar los músculos.

—Veo que sigue con el dolor.

Asiente con la cabeza y entrecierra los ojos.

— ¿Alguna otra novedad, además de lo del carrete?— pregunto.

—Ninguna— responde.

—Vaya a descansar— le digo.

Vuelve a asentir y sale en silencio.

Ha amanecido. Por el este, unos tímidos rayos de sol se cuelan entre las grietas del manto de nubes enrojecidas. Apago la linterna, detengo el mecanismo de giro. Comienzo el mantenimiento diario de la lámpara. Limpio el tubo, recorto la mecha, completo el depósito de aceite. Cada tanto, recorro con la vista la totalidad del horizonte marino, sin avistamientos.

Veo venir hacia el faro a uno de los operadores del observatorio. No ha de ser por kerosene, puesto que ayer se llevaron dos latas.

Vázquez se asoma por la puerta trampa.

—Díaz, uno del observatorio nos pide si le podemos dar una mano. El peso de la nieve acumulada les está venciendo las vigas del techo de uno de los galpones— me dice.

Pienso cómo ayudarlos sin desatender las guardias, teniendo en cuenta además que Montenegro debe reposar su espalda.

—Vaya usted, Vázquez, y vea qué se puede hacer— le digo.

—Bien— dice.

Está por cerrar la puerta trampa y lo llamo:

—Vázquez.

— ¿Qué?— pregunta asomado.

—Tenga en cuenta que Fidel anda mal de la espalda, va a tener que hacer usted el almuerzo antes de relevarme— le digo.

—Bien— vuelve a decir y sale.

Desarmé el mecanismo del carrete para intentar solucionar ese inconveniente de una vez por todas. Creo haber encontrado dónde está la falla. Ahora debo volver a montar todo y hacer una prueba. Pero no puedo hacer solo este trabajo, necesito ayuda, alguien que pueda sostener en su lugar el carrete con el cable metálico enrollado, mientras yo coloco y ajusto el eje. Me asomo por el hueco de la escalera circular y llamo a Montenegro. Grito su nombre una, dos, tres veces. No responde. De haberse dormido, y con la puerta cerrada del pasillo que da a la casa, difícilmente pueda oírme. Bajo. Abro la puerta y lo vuelvo a llamar desde allí, y tampoco responde. Voy hasta su habitación.

Lo encuentro en la cama boca abajo. Hay olor a alcohol etílico. Proviene de la botella tirada en el piso.

—Fidel... Fidel...— insisto.

No responde. Me le acerco, lo agarro del hombro para moverlo. Lo que mis manos aferran es un cuerpo flácido. Trato de darlo vuelta. Lo logro con un poco de esfuerzo. Me encuentro con unos ojos abiertos que sostienen una mirada vacía. Un rastro de saliva resbala por la comisura de sus labios. Llevo mis dedos hacia su cuello, busco en vano algún pulso.

Me siento en la cama. Por unos segundos mi cabeza es un torbellino de pensamientos confusos del que me fuerzo a salir. Siento una angustia que me oprime el pecho, y bronca también. Se me anudan la angustia y la bronca en la garganta, pero no me brotan las lágrimas, apenas una humedad miserable. Miro los ojos todavía abiertos de Fidel, se me escapa un breve quejido ahogado que me espanta oír. Me pongo inmediatamente de pie. Levanto la botella vacía y la dejo sobre la mesa de noche. Cubro el cuerpo y salgo de la habitación.

Con lentitud empiezo a subir hacia lo alto de la torre. El ritmo cansino y monótono de mis pasos sobre los peldaños de metal retumba como latidos en el interior del cilindro. El ascenso se me hace interminable. Finalmente, llego hasta la cúpula, observo el mar desierto. Dejo que mi vista se pierda en el horizonte.

17.

Un cielo encapotado con nubes dispuestas en larguísimas trenzas con distintas tonalidades del gris, desde el más claro, casi blanco, al más oscuro, de un azul petróleo. El mar se copia del cielo. Las olas llegan puntuales a la costa y rompen sin estruendo. El viento sopla suave del oeste, cada tanto suelta alguna racha un poco más intensa.

Me encuentro improvisando un ataúd con las maderas del medio bote que arrastramos desde la playa. Manipulo, con una precisión más bien elemental, unas pocas herramientas: martillo, tenaza, serrucho, formón. Vázquez hace su guardia en la torre. Él ya se encargó de hacer la cruz y grabar el nombre del compañero. Fidel descansa en paz todavía en su cama. Lo acompaña una vela encendida, puesta sobre el último anán que talló. Idea de Vázquez que decidí respetar.

Los dos operadores del observatorio nos ayudan a Vázquez y a mí a llevar el improvisado ataúd. Vamos para el lado de punta Maciel. Ahí decidimos cavar la sepultura, frente a una pequeña playa, entre nieves y turbales.

Con cuidadoso respeto, vamos bajando el cajón que desciende abrazado por cabos marineros. El primer puñado de tierra barrosa y turba la arroja Vázquez. Después comenzamos a volcar la tierra de a paladas. Es también Vázquez el que clava la cruz. Luego se arrodilla y, con la cabeza gacha, murmura una plegaria, que seguimos a coro. Una vez que termina el rezo se pone de pie.

—Siempre anduvo queriendo irse— dice por lo bajo.

Ninguno agrega nada, nos quedamos simplemente rodeando la tumba en silencio.

Desde punta Lugo aparece fiel el visitante. El albatros ceja negra realiza un giro sobre nuestras cabezas. Luego desciende unos metros, hace una pasada rasante con las grandes alas extendidas y pone rumbo hacia el mar. Los cuatro seguimos el vuelo hasta que su silueta se desvanece en la distancia.

—Volvamos, Vázquez. Está oscureciendo y hay que encender el faro— digo.

18.

Libro de guardia

Junio, segunda semana

Día 9, se avistan dos embarcaciones, la goleta “Maryam”, con rumbo noreste, y una fragata de bandera francesa, con rumbo sur.

Día 10, se avista transporte “1º de mayo”, con rumbo sur.

Día 11, el personal realiza mantenimiento del mecanismo de giro de la linterna.

Día 12, entrega de dos latas de kerosene al observatorio.

Día 13, se traba el carrete del mecanismo de pesas. Se repara. Fallece Fidel Montenegro, se lo encuentra en su cama sin signos vitales.

Día 14, se procede a dar cristiana sepultura al fallecido.

Día 15, sin novedad.

Ushuaia, 20 de marzo de 2022

Aclaración necesaria.

Si bien los nombres de los protagonistas de este relato son los reales, la totalidad de los hechos narrados pertenecen a la ficción. Este texto no tiene, en modo alguno, pretensión histórica, solo literaria.

Hay, sí, una publicación que sirvió de referencia para conocer la historia de Manuel Díaz y Fidel Montenegro. Se trata del libro *Faros del Fin del Mundo*, de Carlos Pedro Vairo, editado por el Museo Marítimo de Ushuaia.

SOBRE EL AUTOR

Fanchovich, Miguel

Profesor de Lengua, Literatura y Latín (ISFDyT N° 122, “Pte. Arturo Illia”). Docente del IPES “Florentino Ameghino”, a cargo de las cátedras de Gramática, Semiótica, Análisis del Discurso, Literatura Dramática, entre otras.

Escribió las obras de teatro *Fuera de juego* (2009), estrenada en el teatro IFT (CABA); y *Dos* (2011), Teatro La Tertulia (CABA), la Tabla Rasca Teatro. Publicó ensayos en *Desafíos en las Escuelas III. Escuelas all-inclusive, ¿todo incluido?* Ediciones Grama (2018). Publicó en la edición N° 15 de la revista digital de literatura *Visor* (2019) y en la revista digital mensual *La Banquina* (2021/22). Publicó los libros *Versiones*, Editora Cultural Tierra del Fuego (2014) y *Los trabajos de Hansen*, Editora Cultural Tierra del Fuego (2021).



Qué acontece en esos oscuros segundos que continúan, irremediablemente, al rotar permanente de la luz del faro. Ondulaciones de las mareas, las visitas que fluctúan, las figuras y sombras que emergen detrás de cada oleaje. La experiencia vívida, las sensibilidades y la inercia de lo cotidiano, se entretajan en la novela de Miguel Fanchovich para desplegar las condiciones de vida de los trabajadores de un faro al sur del mar argentino.

Como un potente grito que no se oye, el silencio y las miradas de los Fareros conjugan, a partir de una singularidad concreta, dilemas abstractos y universales. En las fronteras porosas de esa noche que no termina y de ese día que aún no nació, las seguridades se conmueven. Allí es cuando acechan, como espectros en un aquelarre, las preguntas sobre la vida, el paso del tiempo, la soledad y la muerte.



3 5 4 6 8 9 5 0 1 8 7 8 4